

DOMINGO MIRAS. PERFIL DE UN DRAMATURGO

César Oliva

En estos momentos, no sabemos si Domingo Miras, último *Premio Nacional de Teatro (Literatura Dramática)*, lo es por responder al perfil de dramaturgo ejemplar, con trayectoria firme y rigurosa, aunque nunca haya estado cercano a la normalidad del estreno, o si es que los autores magníficos en los libros, pero escasos en los escenarios, forman el denominador de este tipo de galardones. No hay más que repasar la lista y comprobarlo. Me inclino a pensar que, en el territorio de la edición, es decir, en el de la literatura, los premios teatrales comprometen poco. Hacen posible que se produzca el reconocimiento general, e incluso cierta recompensa económica, pero nada más. Nada más, porque en teatro, lo que no se ve en la escena, para la historia vale poco.

Que Domingo Miras Molina sea un excelente dramaturgo no soy yo sólo quien lo dice, sobre todo después del *Premio*. Han sido bastantes; se han hecho tesis doctorales de peso sobre su obra; ha publicado en muchos espacios editoriales de prestigio; es nombre común en la literatura española del siglo XX. Pero tengo la extraña sensación de no ser bastante. De que, en momentos de normalidad escénica, cualquier país culto tendría entre sus poetas a Domingo Miras. Sería un habitual en las carteleras. Claro que nuestra cartelera tampoco es habitual. Mírenla por donde quieran, y verán que dramaturgos españoles de hoy figuran en ella. Dónde están las revisiones de nuestros clásicos contemporáneos (Bueno Vallejo, Carlos Muñoz, Martín Recuerda, Rodríguez Méndez...), dónde los estrenos de los dramaturgos contrastados del presente (Sanchis Sinistera, Alonso de Santos, Fermín Cabal, Alfonso Vallejo, el mismo Domingo Miras), dónde el de esos otros cargados de premios, pero que su aparición ante el público de las ocho o nueve de la noche no es normal (Luis Riaza, López Mozo, Alberto Miralles, Jesús Campos, Paloma Pedrero...). Convenimos que nuestra cartelera es anómala, según las normas que venían definiendo la naturaleza de una cartelera. Aunque lo normal ahora, recién iniciado el siglo XXI, es que las carteleras no sean normales. Lo normal ahora es que los escenarios al uso estén repletos de clásicos, de reposiciones, de éxitos de otras latitudes y, eso sí, de alguna que otra excepción (autores jóvenes) acogida en las llamadas salas alternativas. Gracias a ellas, todo hay que decirlo, la nueva dramaturgia española muestra su supervivencia, aunque sea en rincones poco accesibles al público habitual.

En este panorama, la obra de Domingo Miras, y la de otros colegas que, como él, han merecido el *Premio Nacional de Literatura Dramática*, aparece espléndida en manejo de la lengua, en coloración de ambientes, en profundidad de personajes, en acabado, en teatro. Iniciado en los clásicos de coturno y palliata, pronto derivó hacia los españoles, en los que bebió con la fruición del sediento:

Cervantes, Quevedo, Valle-Inclán, el propio Buero. Domingo Miras, como los grandes dramaturgos, hace teatro desde el propio teatro. Teatraliza su propio teatro, en continuos ejercicios de estilo que conforman el suyo propio, sólido, potente, intenso, imaginativo. Hace ya más de una década escribí que se trata de "uno de los autores actuales españoles de más sólido y personal lenguaje oral, que lo define y caracteriza entre sus contemporáneos". Hoy añado que, en las que empiezan a ser escasas apariciones en el mundo de la escritura escénica, ese lenguaje oral ha logrado una eficaz conjunción con el escénico, de manera que sus obras, a no ser por las dificultades que entrañan repartos generalmente amplios, variados cuadros y compleja dramaturgia, deberían ser menú del día de teatros públicos y privados.

Apelo finalmente a mi experiencia con las obras de Domingo Miras para ratificar este alegato de urgencia a su favor, y al de tantos otros premiados sin el premio de la representación regular. Dos han sido los montajes que he hecho de sus textos, más alguna que otra influencia sobre versiones. Uno de aquéllos significa uno de mis mejores recuerdos como director de escena. El otro no tanto, pues las dificultades de producción nos abocaron a una de esas pesadillas que ya quisiéramos para nuestros enemigos. La primera fué *La venta del aborcado*, de la que he podido hacer dos versiones, en 1976 y en 1989, con los mismos actores protagonistas y diferentes escenografías. La segunda, *La Saturna*, en 1977, a la que espero volver cuando la ocasión se presente, como hice con *La venta...*, aunque en esta ocasión sea para un quitarme la espina. De ambas guardo, en cambio, excelentes momentos de relación con el autor: compartiendo penas y fatigas, aciertos y errores. Pese a su condición de creador del texto, el cual defiende de todo ataque dramático al uso, como autor Domingo Miras es todo lo tolerante y abierto que permite la escena.

Por eso cuando hablo de su teatro no me viene a la memoria la penúltima edición, o ese artículo que tanto lo ensalza como escritor. Cierro los ojos y veo a Juanico el de la Venta torturado por las Muertes que vengan el veneno suministrado a don Terencio; veo a Donata, la seronera, reírse de las ocurrencias del Ciego Marchena; veo al Ariche jurar en arameo al transportar el ataúd de su amo; incluso veo a la Saturna, derrotada ante la impotencia de poder salvar a su hijillo, después de pasar mil penalidades en su terrible itinerario hasta Valladolid. Esto es el teatro de Domingo Miras: una conjunción de risa y llanto, como deben ser las conversaciones de los muertos cuando se cuentan historias de vivos, pues ahí se sitúan sus criaturas y sus historias; en el inapreciable espacio que media entre la verdad y la fantasía, entre las burlas y las veras, entre la comedia y la tragedia. Es teatro. Quien lo probó lo sabe. ■

Esta revista ha sido editada por la AAT con la ayuda de:

